

18

COLECCIÓN DE  
INVESTIGACIONES  
EN DERECHO

# Espacio público y violencia

Julia Urabayen y Jorge León Casero (eds.)



Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos  
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas

711.4  
A185

Acosta Ríos, Beatriz Elena, et al, autor  
Espacio público y violencia / Beatriz Elena Acosta Ríos [y otros 13] – 1 edición  
-- Medellín : UPB, 2020.  
232 páginas, 17 x 24 cm. (Colección Investigaciones en Derecho, 18)  
ISBN: 978-958-764-868-3 (versión digital)

1. Espacio público – Violencia -- 2. Urbanismo -- 3. Violencia urbana --  
4. Democracia -- I. Título (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA  
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Beatriz Elena Acosta Ríos  
© Franco Riva  
© Adriana María Ruiz Gutiérrez  
© Felipe Schwember  
© Daniel Sorando  
© Jorge León Casero (eds.)  
© Julia Urabayen (eds.)  
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

© Enrique Cano Suñén  
© Francisco José Cuberos Gallardo  
© Ibán Díaz Parra  
© Carlos García Vázquez  
© Ignacio González  
© María Antonia Muñoz  
© Juan Diego Parra Valencia

#### **Espacio público y violencia**

ISBN: 978-958-764-868-3 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-868-3>

Primera edición, 2020

Escuela de Derecho y Ciencias Políticas.

CIDI. Grupo de investigación sobre Estudios Críticos. Proyecto de investigación "Modelo actual de reintegración: giros y continuidades del discurso securitario, atendiendo a la prevención del delito mediante la superación de las condiciones de vulnerabilidad de las personas en proceso de reintegración del Grupo Territorial Paz y Reconciliación de Medellín" (radicado 108C-05/18-77), suscrito por la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Murcia y la Universidad de Navarra.

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas:** Jorge Octavio Ramírez

**Director de la Facultad de Derecho:** Luis Eduardo Vieco Maya

**Editor:** Juan Carlos Rodas Montoya

**Coordinación de Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Geovany Snehider Serna Velásquez

**Corrección de Estilo:** Sol Tamayo

**Fotografías:** Unsplash

#### **Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2020

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

**Radicado:** 1955-26-02-20

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



*Fiat iustitia dum  
mundum delemus.*  
**Algunas reflexiones  
acerca de la violencia,  
el neoliberalismo  
y el octubre chileno**

---

*Fiat iustitia dum mundum delemus.*  
Some reflections on violence,  
neoliberalism and  
the outbreak in Chile

*Felipe Schwember Augier;  
Universidad Adolfo Ibáñez, Viña del Mar, Chile;  
felipe.schwember@uai.cl*

*Proyecto FONDECYT regular N° 1200532*

**Abstract**

This paper discusses some of the explanations that have been offered about the social outbreak produced in October 2019 in Chile. I will argue that, despite what Mayol or other left-wing intellectuals claim, the cause of the outbreak is not found in inequality or in the commodification of life, typically attributed to “neoliberalism”. The reason for this lies, on the one hand, in the opportunities for the expression of subjectivity offered by the market and, on the other, in the finding that inequality has not increased but –on the contrary– has actually decreased during the time the free market system has been in place. I will then argue that the bitter violence that has taken place in Chile since October 2019 is explained by historical injustices

prior to the establishment of the liberal system, and difficult to remove. The connection between violence and historical injustices is established through the symbols with which violent groups are identified, as well as with the aims of their attacks. There is, however, a warning about the impossibility of restoring justice through violence without unleashing, in turn, a new cycle of violence.

## 1. Introducción: la disputa acerca del malestar social<sup>1</sup>

A los pocos días del estallido o levantamiento social del 18 de octubre de 2019 que trastornó la vida social, económica y política en Chile, apareció un rayado en una de las calles cercanas al epicentro de las manifestaciones en Santiago en que podía leerse: “mientras haya miseria habrá rebelión”. De todas las pintadas y reivindicaciones que podían –y pueden aún– escucharse o leerse, esa parece particularmente sugerente. La razón de ello estriba en la pretensión de lo que podría llamarse la “utopía” liberal (o “neoliberal”, como le gusta decir peyorativamente a sus detractores). Dicha pretensión no es otra que la erradicación de la pobreza (advírtase –es preciso insistir en este punto– la erradicación de la *pobreza*, no de la *desigualdad*).



<sup>1</sup> El presente trabajo forma parte del proyecto Fondecyt regular n° 1200532.

Así las cosas, la aparición de ese grafiti admonitorio resulta revelador y desconcertante, al mismo tiempo. Revelador porque, en cierto sentido, podría leerse como una confirmación o un espaldarazo incluso, si se quiere, a los propósitos y aspiraciones del proyecto liberal: en efecto confirma que la causa del estallido –del “despertar”, como también se le ha llamado– es la persistencia de la pobreza y no de la desigualdad. Desde este punto de vista, el rayado no desmiente el fin de la utopía liberal, aun cuando, por otra parte, podría estar denunciando su fracaso. Sin embargo, por esa misma razón resulta desconcertante, pues si tuviera que enjuiciárselo por su eficacia en la reducción de la pobreza, no podría sino concluirse que el modelo liberal chileno ha sido enormemente exitoso: esta ha caído sustancialmente desde el fin de la dictadura a la fecha (del 68% al 11,7%)<sup>2</sup>, de modo que, si el autor del *graffiti* tiene razón, lo que podría reprocharse al modelo económico y político chileno es no haber erradicado la pobreza lo suficientemente rápido, pero no el no poder mostrar éxitos en ello. Más aún, a su autor se le podría indicar que, de hecho, si Chile persiste en su modelo económico, entonces la pobreza en efecto se va a erradicar en un futuro próximo. Incluso, por provocador que suene, se le podría explicar que, si con “misericordia” se refiere a “pobreza”, esa meta se puede alcanzar *antes* si se profundiza en el modelo de desarrollo y que, por el contrario, se retardará (o no llegará nunca), si continúan las políticas del segundo gobierno de Bachelet o, peor aún, se lo abandona definitivamente.

Para el grueso de los defensores del modelo liberal, por su parte, el estallido resulta inexplicable. La razón de su ininteligibilidad radica en que no pueden encontrarse condiciones objetivas que lo expliquen. O al menos no un estallido de tal magnitud: aunque a menor ritmo que en otras épocas, el país crece (o, mejor dicho “crecía”) y mejora la situación general de su gente;

---

<sup>2</sup> “Usando la medida de pobreza introducida por el Ministerio de Desarrollo Social en 2013, y aplicándola a los datos históricos, se tiene que desde 1990 a la fecha el porcentaje de personas viviendo en la pobreza se ha reducido de un 68% a un 11,7%. Solo en los últimos quince años, el ingreso per cápita real de los hogares en el 10% más pobre de la población creció en un 145% real. Esto es, un hogar que en el 2000 tenía ingresos por \$200.000 hoy percibe \$490.000 (ambas cifras en pesos de 2015). Si bien el nivel absoluto de ingresos es aún bajo para una gran mayoría, el cambio relativo respecto del propio pasado es indudablemente muy significativo”. En: [https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/pobreza/undp\\_cl\\_pobreza-Libro-DESIGUALES-final.pdf](https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/pobreza/undp_cl_pobreza-Libro-DESIGUALES-final.pdf)

los índices de ocupación son altos, la inflación es baja desde hace mucho tiempo, aunque con lentitud, los salarios suben, aumenta el acceso a bienes de consumo, así como la cobertura y prestaciones médicas y educativas. Esta halagüeña constelación podría recibir una confirmación ulterior en el alto número de inmigrantes que veían en Chile una tierra de promisión.

La ausencia *Prima facie* de factores *objetivos* que permitan explicar una explosión tan violenta como la ocurrida revela, por otra parte, que entre gente de derechas cundan las teorías conspirativas: los aires bolivarianos que soplan desde las dictaduras cubanas y venezolanas, con sus ayudistas nacionales, han organizado un movimiento insurreccional. El descontento, por otra parte, que había entre parte importante de la población, sumada a la anomia que, como ya advertía Hobbes, subyace a cualquier orden social, se han mezclado en un cóctel explosivo.

Sin embargo, y más allá de su verosimilitud, esta última explicación apela a una asonada cuyo éxito depende, a fin de cuentas, de un malestar con el sistema económico, político y social chileno. Ese malestar ya había sido, por otra parte, advertido y discutido. Desde antes del 2011, pero decisivamente después de esa fecha, se elevaron voces, sobre todo entre la izquierda, que desahuciaban el “modelo” o predecían su derrumbe. Para muchos de esos intelectuales de izquierda el “modelo neoliberal” era un hombre muerto caminando.

Ese diagnóstico sufrió un grave revés –o eso pareció– con la victoria del abanderado de la centroderecha, Sebastián Piñera, en las elecciones presidenciales de 2017. Esa victoria –contundente, por cierto– parecía reflejar la muy rápida desilusión del electorado con los proyectos progresistas de la izquierda en general. Sin embargo, y como es obvio, otra vez se voltearon las tornas a contar del 18 de octubre. Aunque políticos e intelectuales de izquierda se han apresurado a reflotar sus diagnósticos y advertencias, la causa del actual estado de cosas no es en absoluto clara.

Entre estos intelectuales se han esgrimido, básicamente, dos causas de ese malestar. La primera es la desigualdad imperante en Chile. La segunda es la mercantilización de los diferentes aspectos de la vida, como consecuencia de la implementación del sistema “neoliberal”.

Alberto Mayol (2012), que es tal vez quien con mayor énfasis ha defendido ambos puntos, ha dicho, por ejemplo, respecto de la primera que “todo lo que tocaba el modelo era transformado en mercado. De este modo, a la economía de mercado chilena no solo la define la liberalización y desregulación de los mercados, sino además la omnipresencia de ellos” (p. 72).

Esa colonización de las distintas esferas de la vida por parte del mercado fue provocando un efecto deletéreo, corruptor, que socavó la confianza en las instituciones y desnaturalizó otras. Todo este disloque, a su turno, introdujo una incertidumbre cada vez más difícil de manejar.

Fernando Atria, por su parte, ha insistido en el segundo problema, el de la mercantilización de la vida social y política, sobre todo en las consecuencias que dicha mercantilización tiene en la concepción que los individuos forjan de sí mismos como ciudadanos y de los lazos que los vinculan con sus semejantes. La penetración de la lógica de mercado disuelve inevitablemente la fraternidad y concordia con que deben tratarse los conciudadanos para, en su lugar, entronizar el individualismo y la indiferencia para con el destino del prójimo. Esa indiferencia quedaría institucionalmente plasmada en el modelo neoliberal de la Constitución del 80 que, con los retoques hechos en su momento por la Concertación, apenas garantiza prestaciones mínimas y de mala calidad para aquellos que no se las pueden procurar por medio de contratos privados. La consecuencia de todo esto es el establecimiento de ciudadanos de primera y segunda clase, en razón de los derechos diferenciados a los que, en los hechos, pueden acceder. Todo lo anterior, en último término, es normativa y fácticamente insostenible.

En lo que sigue me referiré someramente a esas explicaciones, y específicamente a la de Mayol, cuya argumentación en efecto tiene un tono, digamos, profético o anticipatorio, del que él mismo, por otra parte, se precia en su último libro. Rechazaré esas explicaciones, al menos como explicaciones suficientes de la violencia que inunda hoy las calles Chile. La razón para hacerlo no es porque, por mi parte, quiera negar que la desigualdad o la mercantilización de la vida social desempeñen o puedan desempeñar un papel en el malestar de la población chilena. Tampoco porque crea que el análisis de Mayol y sus repetidas advertencias carezcan de todo valor. Lo haré porque, creo, más allá de ese malestar, la enconada *violencia* que ha estallado en Chile desde *antes* de las marchas y protestas sociales y luego *con ocasión* de ellas no son atribuibles a las causas que él indica. No es, dicho de otro modo, una violencia causada por y dirigida contra el modelo neoliberal, únicamente. Es, creo, una violencia que se alimenta de la representación de injusticias históricas (reales o imaginarias o de ambas simultáneamente) o, más bien, de una cierta concepción de la historia de Chile, a la que se añade luego el capítulo del “neoliberalismo”. En ese sentido, es una violencia que se inspira en un repudio a la historia de Chile en su conjunto.

Como es obvio, la tesis aquí defendida alcanza también a las explicaciones ofrecidas por los intelectuales de la derecha conservadora (i.e. antiliberal como, por ejemplo, Mansuy, 2016) o nacional popular (i.e., antiliberal y fascistoide, como Herrera, 2019) del malestar social. Resulta sorprendente comprobar que tales explicaciones coinciden regularmente con los diagnósticos de la izquierda (por ejemplo, acerca de la “despolitización” del espacio público en Chile). No me referiré, sin embargo, a estas explicaciones. Pese al cansino llamado a “repolitizar” la política, la derecha conservadora –y ni qué decir de sus intelectuales– no tienen ninguna influencia en los grupos que hoy se movilizan contra el sistema. La derecha nacional popular, por su parte, no tiene, en realidad, por fortuna, expresión política relevante de ninguna clase. Parafraseando a la historiadora chilena Valentina Verbal (2017), es posible afirmar que el ascendente de dicha derecha entre los intelectuales chilenos del XX ha sido inversamente proporcional a su importancia en la política práctica (p. 64).

Adelanto desde ya el componente altamente especulativo de este trabajo. La razón para sostener la tesis que aquí presento descansa, fundamentalmente, en los símbolos que, veo, se repiten entre aquellos que se manifiestan y bajo los cuales se abandera la “lucha social” y, en último término, la violencia. Dichos símbolos parecen revelar que la violencia parece ser una reacción sistemática –y por parafrasear la consigna de quienes protestan– no a los últimos treinta años sino, más bien, a los últimos trescientos años.

Es difícil ofrecer un diagnóstico o proponer las causas de un fenómeno respecto del cual no se tiene perspectiva histórica. Es aventurado hacerlo cuando, además, apenas comienza a recabarse información acerca de las motivaciones, aspiraciones o metas de aquellos que se encuentran movilizados. A eso se debe sumar, además, la dificultad adicional de que en dichas movilizaciones parecen yuxtaponerse diferentes grupos con reclamos tan variopintos como los que van desde los derechos de los animales y la difusión del veganismo hasta la reforma total del sistema de pensiones chileno. Y todo ello sin contar con que no todos aquellos que se encueran movilizados y marchan por las calles participan o ejercen violencia callejera.

Espero que el lector sepa perdonar mi atrevimiento, máxime cuando, además, no soy sociólogo. Tal vez me sirva de excusa la afirmación del propio Mayol (2012)–el principal destinatario de mis críticas– de que ya Simmel “demostró cómo era posible hacer una sociología desde la sensibilidad, desde las tripas y la mera inquietud” (p. 65).



## 2. El fantasma del “malestar” y la explicación de Alberto Mayol

Las alertas acerca del descontento con el modelo chileno se remontan, al menos, al informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD– de 1998. Allí se habla de “la existencia de un malestar difuso y mudo que no es fácil de explicar”, que recoge, a su vez, el diagnóstico de las autoridades de la época<sup>3</sup>. En ese entonces, el sociólogo chileno José Joaquín Brunner (1998) salió al paso de las visiones que avalaban la tesis del malestar. El motivo que tenía para oponerse a ellas se fundaba, por una parte, en el hecho de que la información proporcionada por distintas encuestas y estudios de opinión desmentían sistemáticamente, y en distintos niveles, las razones que le servían de sustento a dicha tesis. Por otra, que las causas esgrimidas en favor de ella (desigualdades crecientes, políticas neoliberales, frustración democrática, etc.) no se correspondían con los hechos (disminución de la desigualdad, aumento del tamaño del Estado y de las prestaciones sociales, satisfacción con los servicios privados o mixtos, etc.). Finalmente, y después de reparar en la equivocidad del concepto de “malestar” y en los errores metodológicos a que conduce, advertía acerca de los extravíos a que podía conducir “político-intelectualmente la aceptación de ese diagnóstico del difuso malestar de las inseguridades” (Brunner, 1998, pp. 196-197).

El curso de los acontecimientos (las protestas estudiantiles del 2011 y el estallido del 2019) parece desmentir la posición de Brunner frente al diagnóstico del malestar (aunque no, por cierto, su apreciación de los extravíos a que políticamente puede conducir). Sin embargo, sería injusto criticar a Bruner *ahora* por la postura que defendió teniendo en cuenta los datos con que contaba entonces. Ciertamente, mucha agua ha pasado bajo el puente. Por ejemplo, el destape de varios casos de colusión que minaron fuertemente la confianza de la población en la justicia del mercado y la pérdida de dinamismo de la economía chilena, con la consiguiente ralentización de las tasas de crecimiento.

De hecho, el aumento del malestar, con todo lo que conlleva, podría haberse anticipado desde las premisas del propio Brunner bajo tales cir-

<sup>3</sup> [https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/desarrollohumano/undp\\_cl\\_idh\\_informe1998.pdf](https://www.undp.org/content/dam/chile/docs/desarrollohumano/undp_cl_idh_informe1998.pdf).

cunstancias. A propósito de la “desconfianza en las oportunidades” que ya entonces constata y que coexiste, advertía, “con las altas expectativas de corto y mediano plazo”, sugería la siguiente “hipótesis de trabajo”:

La gente desea seguir mejorando sus condiciones de vida –y de su familia– pero más rápido. Quiere “más de lo mismo” pero en un menor tiempo, de manera de, así, satisfacer sus expectativas. Está dispuesta a trabajar duro, incluso a endeudarse. Pero, al mismo tiempo, desconfía –por su propia experiencia de las desigualdades– de que el crecimiento vaya a beneficiarlos directa y oportunamente y brindarles acceso a los servicios esenciales que debe proporcionar la sociedad (Brunner 1998, p. 187).

Pero, podría argüirse que ni aun en las circunstancias inmediatamente anteriores a la crisis –y después, por tanto, del destape de los casos de colusión y corrupción que tanto impacto causaron en la opinión pública– podría haberse anticipado una crisis como la desatada el 18 de octubre. Aunque deslucidas, las “condiciones objetivas” (empleo y crecimiento, por ejemplo) eran lo suficientemente aceptables como para descartar, llegado el caso, la ocurrencia de un estallido.

De la opinión contraria, como he anticipado, era Alberto Mayol, que venía prediciendo la insostenibilidad del modelo y, al fin y al cabo, como indica el título de su libro más celebrado hasta ahora, su “derrumbe”. Dos son las razones fundamentales que lo condenarían a ese final. La mercantilización de la vida política y social, y la desigualdad rampante de Chile.

Ambos fenómenos son ciertos, por supuesto, y vienen describiéndose desde hace mucho tiempo, no solo para Chile, sino para el mundo en general desde los albores mismos del capitalismo. La peculiaridad, en el caso de Chile, vendría dada por la profundidad con que se ha aplicado el liberalismo económico. En su último libro –escrito a los pocos días del estallido– Mayol vuelve sobre ese diagnóstico y ahonda en él. No me referiré aquí a toda la argumentación de Mayol ni tampoco a su descripción del “neoliberalismo”, que por momentos es totalmente caricaturesca. Todo ello ameritaría un trabajo destinado únicamente a ese fin y requeriría, además, de mucha mayor extensión de la que dispongo aquí. Me limitaré a examinar su descripción del “neoliberalismo” sólo en cuanto ello sea necesario para sostener mi propia tesis. Por lo demás –y para entrar de lleno en el asunto– adelanto mi juicio global acerca de la explicación de Mayol que, empero, no podré aquí justificar del todo: aunque creo que Mayol acierta en muchas

de las –por utilizar la expresión de Tucídides– *alethéstate próphasis*, causas más verdaderas del estallido social (y en ese sentido, debe admitirse su clarividencia); y aunque, además, describa con encomiable lucidez la sucesión y encadenamiento de los hechos que fueron aumentando el malestar hasta desembocar en la crisis de octubre; aunque, en fin, interprete de modo, creo, cabal el sentido y alcance de ciertas consignas (“no más lucro”, “evade”, etcétera), carga excesivamente las tintas contra el modelo neoliberal en un doble sentido: 1) ofrece una descripción plana y sesgada del mercado y de sus efectos en la vida social; 2) le atribuye responsabilidad por situaciones y estados de cosas que son, en realidad, anteriores a su vigencia.

Confío en que la sumaria enunciación de los méritos de la explicación de Mayol haya sido lo suficientemente clara y convincente, pues en lo que sigue me referiré únicamente a los dos defectos indicados.

Comencemos con la primera de las causas, la mercantilización. Mayol deplora la mercantilización de la vida social que tiene lugar bajo el neoliberalismo y que insta una cultura de la competencia y del individualismo. Dicha cultura causaría, en último término, una disgregación de los lazos sociales y estaría detrás, por tanto, de los acontecimientos ocurridos a partir del 18 de octubre. En un pasaje se extiende en la descripción de todo este proceso de disgregación en los siguientes términos:

Las primeras instituciones que fueron muriendo con la sociedad de mercado fueron las que estaban más cerca de su rostro. Duele más decir lo siguiente, pero la mercantilización afectó indudablemente las relaciones familiares, convertidas en funciones productivas, en sistemas de incentivos, remplazándose ciertas formas de amor filial por la figura de los objetos y su carácter mercantil. El amor y el respeto a la madre se transformaron en los regalos del día de la madre, creciente en correlación con la culpa por los tratos a los que ha sido sometida dicha relación por parte de los hijos. (Mayol, 2012, p. 92).

Es difícil saber cómo hay que interpretar este párrafo. Y lo es porque su tenor literal es ridículo y lo convierte en una presa fácil de la crítica o, incluso, de la sátira. Difícilmente los lectores creerán que, desde la instauración del “modelo neoliberal”, los hijos tratan a sus madres peor que antes y que confunden el amor y respeto que le tributan (o le deben tributar) con los regalos que le hacen para el día de la madre. Sobre todo considerando, además, que el inveterado machismo chileno hace igualmente difícil creer que *antes* de la instauración del modelo, los hijos tenían más miramientos hacia sus madres.

Uno habría esperado que Mayol, puesto a hablar acerca de los efectos de la mercantilización en los afectos y las relaciones familiares, se refiriera a otros efectos –mucho más verosímiles, por cierto– de la misma. Por ejemplo, a las dificultades para constituir y conservar una familia tradicional (lo que de todos modos en Chile parece que nunca fue una costumbre muy extendida); las posibilidades emancipatorias que *de facto* gana la mujer en virtud de su ingreso al mercado laboral y del advenimiento, anejo al modo de vida capitalista, del imperativo del placer y la propia autonomía.

Podría sospecharse que Mayol no se ha referido a esos fenómenos porque, así presentada, la mercantilización de la vida ya no parece tan desventajosa ni agobiante. Tiene, de hecho, de dulce y de agraz. Después de todo, pueden ser muchas las mujeres –u hombres– que celebren las condiciones materiales de una sociedad capitalista. Quizás él ha preferido omitirlas porque, al fin y al cabo, ese aspecto de la mercantilización no resulta funcional al proyecto político al que se adhiere y en cuyos libros propugnan.

En cualquier caso, pasajes como este son recurrentes. En otro se refiere a la mercantilización en los siguientes términos:

Pero las instituciones no eran solo las grandes y fuertes entidades estatales o semejantes. El Chile institucional incluía al panadero del barrio, por la sacralidad del pan; al médico, a cargo de la aún más sagrada vida; al profesor, maestro en la incorporación en la civilización del estudiante (Mayol, 2012, p. 91).

Nuevamente, el lirismo de este pasaje escamotea la ambivalencia que esconden los fenómenos a que en él se aluden. La mención romántica al panadero (no es claro porqué los detractores del mercado en Chile tienen como fetiche las panaderías de barrio)<sup>4</sup> olvida el hecho de que, como ya advertía Adam Smith, el panadero de barrio *también* nos ofrece el sagrado pan con vistas a la consecución de sus propios intereses. Por lo que al consumo de pan concierne, la ventaja radica, claro, en la posibilidad de pedirle fiado, llegado el caso, si es que lo conocemos de toda la vida o lo tratamos frecuentemente. Sin embargo, no es claro que Mayol considere esa última posibilidad como una ventaja, dada la opinión más bien adversa que le merece el crédito. En cualquier caso, es necesario considerar, además, que, para bien o para mal, el pan pierde su sacralidad tan pronto como deja de ser un bien escaso o in-

---

<sup>4</sup> Cf., por ejemplo (Mansuy, 2016, p. 979).

cierto. Su sacralidad es inversamente proporcional al esfuerzo que nos cuesta conseguirlo. Aunque hay quienes tienen una visión romántica o idealizada de la pobreza, Mayol no parece ser uno de ellos, de modo que sería injusto pretender atribuirle una visión de este tipo tan solo porque se lamenta de esa pérdida de sacralidad. Pero entonces ¿a cuento de qué viene el lamento de la presunta desaparición o pérdida de importancia en la estructura social de las panaderías de barrio y el calificativo de “sagrado” otorgado al pan?

El hecho, por otra parte, de que el panadero apele a su interés no quita que pueda ser altruista. Sin embargo, Mayol cree que eso es, no sólo improbable, sino además absurdo desde el punto de vista “neoliberal”. Así lo explica cuando, a propósito de una escena de una película en que una muchacha palestina, despreciada por su comunidad por haberse casado con un judío, va donde un panadero a pedirle un pan para su madre enferma. Una vez allí “el panadero la miró con desprecio, pero sin violencia cogió una hogaza de pan y se la entregó. Ella buscó las monedas y levantó su mano con ellas. Él no las aceptó; “puede irse”, le dijo”. Después de relatar esta escena, Mayol se pregunta “¿Qué habría dicho un neoliberal de esto? Que el panadero es un imbécil, que la muchacha se salió con la suya” (Mayol, 2019, p. 103).

Pasajes como este hacen que resulte legítimo preguntarse qué es lo que Mayol entiende exactamente por “neoliberal”. Aunque él ironiza acerca de la reticencia de los liberales de distinto tipo a la hora de aceptar dicho calificativo, pasajes como el recién citado explican esa reticencia (seguramente a Mayol le pasaría lo mismo si alguien le preguntara: “¿Entonces, eres un socialista-autoritario, no?”). Ni Friedman ni Hayek están en contra de la generosidad. No deplorarían, por tanto, la generosidad del panadero ni, mucho menos, dirían de él que es un imbécil. Pero si ellos, Friedman o Hayek, no son “neoliberales” entonces ¿quién lo es? Sería, por supuesto, una cosa estupenda que Mayol nos lo aclarara.

Su caricatura del liberalismo llega tan lejos que Mayol no advierte que la abrumadora mayoría de los liberales se sumarían a la condena del lucro entendida como: “la ganancia en el marco de la actividad mercantil cuyo fundamento era un abuso de posición dominante” (Mayol, 2018, pp. 61-62)<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Las razones de ello se pueden encontrar, por ejemplo, en Schwember (2019).

Ciertamente, la mercantilización de la vida puede ser dura pero, pese a todo, tiene ventajas. El hecho de que la expansión del mercado debilite lazos atávicos y sistemas de relaciones no basados en el consentimiento es lo que favorece, como contrapartida, la aparición de instancias o espacios de expresión de la propia subjetividad. Esta constatación vale, por lo demás, no sólo para el liberalismo económico sino para todas aquellas sociedades en las que el mercado es parte fundamental de su organización. Esto, por otra parte, no es ninguna novedad. Ya Hegel describió, hace aproximadamente doscientos años, ese potencial liberador de lo que llamó la “sociedad civil” en su *Filosofía del derecho*. *Mutatis mutandis*, Marx y Engels repitieron luego el efecto corrosivo que el capital tenía sobre las estructuras e instituciones sociales premodernas en el *Manifiesto comunista*. Todo eso lo ha explicado con gran lucidez en Chile Carlos Peña en su libro *Lo que el dinero sí puede comprar*. Mayol, sin embargo, ve que ese libro –y toda esa línea de interpretación del mercado, que ya rescataba Bruner (1998)– ofrece una explicación alternativa a la suya sobre el malestar, que no hace más que rechazar. Sin embargo, con ello, y a despecho de todos sus aciertos, renuncia a la posibilidad de hacer un análisis más matizado y diferenciado; renuncia además *ex ante* a sacar provecho de las explicaciones que los propios autores liberales (por ejemplo, Schumpeter o Hayek) ofrecen del rechazo al capitalismo y del descontento que genera. Por último, lo deja en una posición incómoda (insostenible, en realidad) en las eventuales discusiones acerca de la sustitución del modelo<sup>6</sup>.

Así las cosas, uno podría preguntarse por qué Mayol es tan reacio a ver algo sobre lo que, no sólo Peña, sino autores a los que con seguridad tiene en gran estima, han discurrido ampliamente. La respuesta, seguramente, se encuentra en pasajes como el que sigue, que permiten suponer que, pese a toda la revolución marginalista y a la(s) teoría(s) económica neoliberal(es), Mayol cree, *contra ellas*, que la economía es un juego de suma cero:

---

<sup>6</sup> La implantación de un Estado de Bienestar al estilo europeo (suponiendo que se pudiera hacer con el PIB chileno) ¿se consideraría o no neoliberal? Es probable que gran parte de la izquierda considere igualmente neoliberal un Estado de ese tipo. Para esa izquierda cualquier Estado no comunista post-URSS puede ser considerado “neoliberal”. El uso indiscriminado del término, revela, por otra parte, que la izquierda no socialdemócrata no tiene, al día de hoy, un proyecto político alternativo viable.

El imperativo categórico de la moral neoliberal es muy diferente al don. El desequilibrio en la relación contractual es su combustible. La sociedad dinámica es desigual, la sociedad en desarrollo monetariza las relaciones, la sociedad en crecimiento fomenta los mercados, la sociedad viable está hecha de individuos, la sociedad verdadera es la que no existe (Mayol, 2019, edición Kindle sin paginación).

Baste lo dicho acerca del mercado y la mercantilización para pasar al segundo punto, el de la desigualdad. En su último libro Mayol (2019) recuerda que “he sido insistente en que el problema general es la desigualdad” (p. 91). En (2012) esa insistencia no obstaba a que, por otra parte, salvo un breve pasaje, Mayol diera por sentada la legitimidad normativa de los reclamos de igualdad. En el referido pasaje afirmaba que “las sociedades desiguales se parten en dos” (p. 82). La afirmación es cierta, dependiendo del tipo de desigualdad de que se trate. Si la desigualdad a que se refiere es la desigualdad ante la ley, o lo que se ha dado en llamar “desigualdad de trato” o, en fin, a lo que de un modo amplio podemos denominar “déficit de reconocimiento”, la afirmación es verdadera. Si la desigualdad, en cambio, se refiere a los ingresos, la respuesta no es tan sencilla. Un liberal igualitario podría decir que las desigualdades se justifican cuando el conjunto institucional de reglas por el que se las sancionan, deja a los que tienen menos mejor que cualquier otro conjunto de reglas imaginable. Esta solución admite variaciones pero, así expresada, es compatible seguramente con el “neoliberalismo” (para los socialistas será por definición “neoliberal”. Atria, 2013, p. 221)<sup>7</sup>. ¿Es esta solución tan descabellada? Mayol –y la izquierda en su conjunto– intentan demostrar que el Estado subsidiario (del que hay muchas interpretaciones, ciertamente) es un despropósito. Sin embargo, no es cierto que la unidad de la sociedad sólo pueda ser preservada por un Estado de Bienestar u otro más extenso. Tal unidad puede ser preservada si todos viven por sobre un umbral de necesidad.

En cualquier caso, Mayol rechaza el Estado subsidiario por medio del siguiente razonamiento:

---

<sup>7</sup> En una versión débil, sin referencia a la “lotería natural”, esa regla podría ser compatible con el libertarismo suficiente que yo mismo defiendo en (2017) y (2018).

El problema es que se desconoce, en este argumento, el carácter estructurante de la desigualdad. Y es que ésta acontece en una dimensión que es la estructura social, esto es, el cúmulo de relaciones de poder y dinero que configuran las posiciones que cada grupo de individuos ocupará en la sociedad. Cuando se dice que esas relaciones son estructurales y estructurantes, se está diciendo que no se vencen con la mera voluntad, que son una impronta que dibuja todo lo que toca (Mayol, 2012, p. 84).

Pero, nuevamente, Mayol habla del liberalismo como si éste no fuera más que una disparatada doctrina económica, a la que no preocupa ni la dispersión del poder ni la separación del poder político del económico. En este punto, por tanto, sería necesario hacer una distinción entre los principios y las definiciones conceptuales, por una parte, y, por otra, la particular situación de Chile en la que tales principios se han aplicado.

Dado que Mayol vincula la desigualdad al problema de las relaciones de poder y dinero; y dado, asimismo, de que la desigualdad no ha sido producida por el neoliberalismo sino que se origina y arrastra desde la época colonial<sup>8</sup>, entonces la pregunta relevante es si acaso el neoliberalismo ha disminuido o no la desigualdad. Este punto, por lo demás, es decisivo para la propia tesis de Mayol pues, como él mismo advierte, “el argumento más sólido en contra de la tesis del derrumbe radica en que la desigualdad chilena ha sido históricamente semejante” (2019, p. 92).

El problema es que ese argumento óptimo no sólo está disponible sino que, además, lo está en la peor versión imaginada para los detractores del “modelo”: la desigualdad histórica, con toda su inercia, se ha empezado a reducir de modo significativo y consistente precisamente durante la vigencia del modelo. Esta prueba la aporta el libro de Claudio Sapelli *Chile ¿más equitativo?* al que, sorprendentemente, Mayol no se refiere ni en (2012) ni en (2019). ¿Qué muestra allí Sapelli? Básicamente que la desigualdad de ingreso ha tendido a disminuir en lugar de aumentar entre las cohortes de personas nacidas después de 1950. Esta disminución va acompañada de un aumento de la movilidad social, especialmente de la movilidad social intrageneracional (2011, p. 88). De hecho, entre las cohortes de personas más jóvenes, Chile tiene una desigualdad no muy diferente a la de países desarrollados. Por eso afirma Sapelli que “debido al camino ya recorrido,

---

<sup>8</sup> Informe PNUD para Chile, 2017, pp. 103 y ss.



Chile está encaminado, salvo errores mayores de política pública, a un Gini “nivel OCDE”, similar al del Reino Unido, por ejemplo<sup>9</sup>. La presente crisis, sin embargo, puede torcer ese rumbo.

Se deba o no a la lectura de Sapelli, y pese a las declaraciones en contra, se aprecia un desplazamiento en la argumentación de Mayol entre (2012) y (2019). La argumentación a partir de la desigualdad pierde fuerza y el mayor –o incluso todo– el peso de la prueba se lo lleva el argumento de la mercantilización, reforzado por la contraposición a la teoría del don de Marcel Mauss.

### **3. La violencia como reacción a la representación de una injusticia histórica**

En el Cerro Concepción en Valparaíso se encuentra un peculiar *grafiti* que ocupa una larga pared sobre la que representa de modo abreviado lo que podría denominarse la “visión popular” de la historia latinoamericana. Por lo mismo, el *grafiti* describe, al fin y al cabo, un solo y mismo hecho que se repite a lo largo de toda su larga extensión: el expolio, la humillación y la violencia que un grupo de hombres –que se ubica siempre en la parte superior de la pintura– inflige inmisericordemente a otros –que aparecen siempre en la parte inferior. Ambos grupos, el de los opresores y oprimidos, varían, pero son perfectamente identificables, pues, al fin y al cabo, tienen cada uno la misma identidad.

<sup>9</sup> En: <https://www.elpais.com.uy/economia-y-mercado/claudio-sapelli-parte-poblacion-chilena-siente-razon-injustamente-tratada-entrevista.html>



La historia comienza en el extremo izquierdo del muro y en ella se puede ver que el grupo de los opresores lo conforman los españoles, conquistadores y frailes. El de los oprimidos, que ejerce una tenaz pero inútil resistencia, lo integran hombres y mujeres de distintos pueblos originarios. La asimetría es obvia. Los indígenas están desnudos e impotentes ante la superioridad militar y tecnológica del conquistador que, con su armadura es prácticamente invulnerable. Inmediatamente detrás del conquistador se puede apreciar una jaula en la que se lleva a un indio, cuyo rostro refleja una mezcla de abatimiento y resignación.



Más a la izquierda, casi fuera de la escena, un selknam desmembrado y que luce una mueca que podría expresar tanto burla como locura, parece bailar frente a lo que parece ser un chamán que clama al cielo.

El pintor se cuidó de incluir en esa misma escena, justo abajo del español, agentes de la policía disparando sus armas de fuego. Los agentes tienen caras inhumanas, desfiguradas por la ira. Recuerdan a demonios o seres malditos. El anacronismo de la escena es, naturalmente, un recurso deliberado de la persistencia de la situación descrita y una referencia al eterno conflicto de la Araucanía: para los mapuches la situación es exactamente la misma que hace 500 años. Nada ha cambiado sustancialmente de la época de Bartolomé de las Casas a la fecha.



Algo más a la derecha se ve un predicador, que, en un gesto repugnante, saca una lengua probablemente sibilina. La policía ha sido reemplazada esta vez por lo que parece ser un agente de la DINA o de la CNI. Como fuere, es claro que la Iglesia queda del lado de los opresores. Algo más atrás se ve ahora a un inmigrante europeo, de esos que en el XIX contribuirían a la expansión de Chile hacia el sur y que, en el grafiti, representan una nueva oleada de opresión.



El grafiti salva lo que de otro modo podría ser una historia monótona a través de interpretaciones y referencias a la historia reciente de Chile. En efecto, se deja constancia en él del “proceso de modernización capitalista” a través de los diferentes electrodomésticos que parecieran llover sobre los personajes (radios, batidoras, teléfonos móviles) y que, es de suponer, forman parte de un intento de colonización cultural de los oprimidos. Como testimonio de esa modernización se cuentan, además, una caja de McDonald’s y un Mickey Mouse, que otro personaje que lleva una máscara ritual, se preocupa de estrangular. La penetración, sin embargo, de las mercancías, lógicas y modos de vida capitalistas es persistente. Aunque inofensivo, aparece entre los opresores un nuevo personaje: un desprevenido turista, al que le roban mientras se adelanta a tomar una foto de la represión policial. Esa represión, por otra parte, es ejercida contra una estudiante que lleva una resorteira. Un frívolo periodista acerca su micrófono a la estudiante. Encima de ella aparece un agente del FPMR. Le dispara a Jaime Guzmán, que aparece algo más allá celebrando bajo la lluvia de artículos de consumo. Arriba de él, en el lado de los opresores, se ve a Bachelet agitando un calzón: ella se ha sumado tam-



bién a la desenfrenada fiesta de Guzmán, que arriesga desbarrancarse, como sugiere el alarmado rostro del conductor del colectivo que cierra la pintura.



La interpretación en el grafiti de la historia nacional sugiere que ésta consiste en la lucha –o en la resistencia, mejor dicho– permanente contra una clase opresora. Sugiere, también, que el régimen de gobierno o el sistema económico da, para efectos de los oprimidos, igual porque, en todos los casos ellos son precisamente oprimidos. La historia comienza con un acto de despojo, el sometimiento y explotación, y continúa del mismo modo con otros tantos. La lluvia de bienes de consumo no es más que un cebo para la conquista cultural o el atontamiento de las almas. En esta representación de las cosas, la disputa entre desigualdad y pobreza se torna irrelevante, pues ambas son un subproducto del sometimiento inicial. Las variaciones respecto de la situación de injusticia original son, desde el punto de vista moral y político, o bien inexistentes o bien irrelevantes. En cualquier caso, la historia nacional está atravesada por la violencia y los iniciadores de la violencia, los opresores, están perfectamente identificados. La violencia de los oprimi-

dos, del pueblo, es reactiva y únicamente emancipatoria, aun cuando, por otra parte, resulte (o haya resultado hasta ahora) siempre infructuosa.

Es claro que el grueso de la población chilena no se identifica con esta explicación que relata la historia en clave de lucha de clases. Si así fuera, el Partido Comunista u otros partidos de izquierda, más o menos cercanos a esa concepción, ganarían las elecciones presidenciales o, al menos, sacarían votaciones muchísimo más significativas de las que obtienen. Del mismo modo, es altamente improbable que el grueso de las personas que han salido a marchar o a protestar se identifiquen de modo más o menos consistente con esta composición de lugar. Y todo ello sin perjuicio de las simpatías que, por otra parte, puedan profesar, por ejemplo, a las demandas y reclamaciones del pueblo mapuche.

Quienes, en cambio, sí parecen identificarse con esta representación de la historia nacional son aquellos grupos que han ejercido la violencia de modo continuado desde el 18 de octubre. Los símbolos que adoptan (la bandera mapuche, preferentemente, que ha pasado a significar lo *totalmente otro* del establishment político y social) y los objetivos de sus ataques (monumentos a los héroes de la Guerra del Pacífico, Iglesias, edificios de Gobierno o servicios públicos) hacen plausible esta tesis. Además, no debe perderse de vista que esta interpretación de la historia ofrece una suerte de justificación *a priori* del ejercicio de la violencia contra el Estado y las instituciones que, conforme a ella, son medios o vehículos de opresión y, sobre todo, son ya el resultado de una violencia anterior.

En este sentido, la violencia que ha tenido lugar desde el 18 de octubre a la fecha pretende ser una violencia punitiva, justiciera. Como es –o cree ser– una justicia que ha debido esperar largamente su momento, es además, ahora, impaciente, impulsiva. Más aún, es una justicia que no tiene medida y que no parece quedar nunca ahíta con los castigos que inflige a su paso. En ese sentido, el lema que anima la violencia podría ser “*fiat iustitia dum mundum delemus*”.

Si lo anterior es cierto, la violencia no es el resultado simplemente de la anomia o del oportunismo (como, por ejemplo, podría ocurrir con aquel que saquea un supermercado porque otros ya lo están haciendo). Es una suerte de resistencia que se planta al Estado y a aquellos que se sirven de él; arranca, por lo mismo, de una convicción –que no es necesaria sea tan elaborada– que impide, no ya la identificación o lealtad al sistema “neoliberal”, sino al Estado como tal, o al menos al Estado que ha existido hasta ahora.

Una interpretación de la historia que guarda similitudes con la que venimos comentando a propósito del grafiti de Cerro Concepción, es la del historiador Gabriel Salazar. Él, en efecto, contrapone la clase política al pueblo y condena *in toto* a la primera debido al comportamiento que invariablemente ha tenido a lo largo de la historia de Chile:

En 200 años de historia, la clase dirigente (mercantil) no ha admitido nunca, por convicción e interés, *ningún* ejercicio público del “poder popular constituyente”. Es que, si lo admitiera, sería su muerte histórica... La Izquierda Parlamentaria, por su parte, si llega a admitirlo, lo hace solo *si ella lidera y controla* ese ejercicio, porque sólo así puede mantenerse como miembro reconocido en la “clase política civil” ... La conclusión que se deriva de ambos hallazgos historiográficos es que el obstáculo que frena, obstruye y reprime el poder popular constituyente está formado por los intereses específicos (conjuntos) de la “clase política civil”, que en este aspecto crucial ha contado y cuenta con el no despreciable apoyo de la “clase política militar”. Por eso, la historia muestra, crudamente, que la clase dirigente no admite (“¡no y no!”) el poder popular constituyente (Salazar, 2011, p. 29).

Salazar, por otra parte, podría convenir fácilmente en la tesis de que el estallido del 18 de octubre en general y el despliegue de violencia en particular no tiene que ver con el “neoliberalismo”. O no de modo particular pues, en cualquier caso, las injusticias que motivaron ese estallido se repiten constantemente en nuestra historia y se remontan, por lo mismo, mucho más atrás en el tiempo. Este es simplemente un episodio más que resulta de haber negado al pueblo el ejercicio de su poder constituyente. El “neoliberalismo”, en este sentido, no presenta un problema sustancialmente distinto del que presentó el liberalismo en períodos anteriores de la historia republicana.

## 4. Conclusiones

Aunque en muchos otros lugares del mundo ha habido manifestaciones y protestas como las que han tenido lugar en Chile desde el 18 de octubre, en ninguno de esos lugares hubo además una violencia tan destructiva y tan persistente. Aunque el estallido chileno se parezca a otros similares se

diferencia de ellos en las cotas de violencia que lo han acompañado. La virulencia de los descontentos no se conforma, por ejemplo, con saquear los supermercados: necesita también quemarlos. Los intentos por detener esta violencia mediante la contención o represión policial no hacen más que atizarla. El hecho de que la represión no sea capaz de desmoralizar a aquellos que se manifiestan violentamente revela, simplemente, que el convencimiento de la justicia de sus demandas (cuando las hay) o, si no, la justicia de la expresión de su rabia, es muy profundo. No es fácil intimidar a quienes creen firmemente que la justicia se encuentra de su lado.

Es tentador achacar la violencia a la pura irracionalidad de quienes la ejercen. Sin embargo, ese camino fácil es también peligroso, pues allana el camino a la violencia subsiguiente, reactiva, que procura sencillamente extinguir sin piedad a la primera. Aunque le resulte difícil, la sociedad chilena debe intentar comprender la racionalidad que anima la violencia que sufre desde el 18 de octubre. Si no lo hace y se entrega sin más a la represión arriesga a alimentar un nuevo ciclo de injusticia histórica que, a su vez, comience a gestar nuevos trastornos sociales.

Aquí he defendido que la racionalidad de esa violencia se encuentra (o debe buscarse al menos) en las injusticias históricas con que carga la sociedad chilena. Y aunque he sostenido que esa violencia no se explica, en último término, por el modelo “neoliberal” imperante en Chile, sí pone de manifiesto, por una parte, la incapacidad de la clase política y la sociedad en su conjunto para resolver esos problemas y, por otra, la incapacidad de ese modelo para generar las condiciones que permitieran a parte de la población no experimentar su propia vida como resultado de una injusticia histórica.

La superación de la pobreza, el reconocimiento y la creación de oportunidades –crucial para que la gente no experimente su propia vida como resultado de una injusticia histórica– es lenta y resulta inaceptable decirle simplemente a la gente que la padece que espere, que el crecimiento tarda y no es automático. Aunque no es eso lo que han hecho los diferentes gobiernos de Chile (ni lo que proponen tampoco los denostados Friedman o Hayek), la facticidad impone sus propios límites. El modelo ha sido exitoso en superar la pobreza y crear oportunidades, pero no lo ha hecho con la celeridad y la eficacia que era necesario.

Ahora bien, aunque la violencia se origine en injusticias históricas, es imprescindible separarlas. La violencia punitiva motivada por esas injusticias puede hacer de ella un acto inteligible en su origen psicológico y sociológico, pero no, sin embargo, justo. La violencia es diferente de la



justicia y la justicia punitiva que pretenden imponer algunos (a modo de revancha o simplemente de satisfacción) no es, en realidad una forma de justicia. El “*fiat iustitia dum mundum delemus*” con que la he caracterizado es, a fin de cuentas, injusto. Tiene todo aquello que Hegel denuncia lleva a entramparse en un espiral de injusticia. Por lo mismo, debe cesar. Para que cese haríamos bien en seguir la máxima atribuida a Hegel: “*fiat iustitia, ne pereat mundus*”: que se haga justicia para que no perezca el mundo.

## 5. Referencias bibliográficas

- Atria, F. (2014). *Derechos sociales y educación: un nuevo paradigma de lo público*. Santiago: Lom ediciones.
- Brunner, J. J. (1998). Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando? *Estudios Públicos* 72, 173-198.
- Herrera, H. E. (2019). *Octubre en Chile: Acontecimiento y comprensión política: hacia un republicanismo popular*. Santiago: Katankura editorial.
- Mansuy, D. (2016). *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición*. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad.
- Mayol, A. (2019). *Big bang. Estallido social 2019: Modelo derrumbado - sociedad rota - política inútil*. Santiago: Editorial Catalonia.
- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo: La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM Ediciones.
- Peña, C. (2017). *Lo que el dinero sí puede comprar*. Santiago: Penguin Random House Grupo Editorial Chile.
- Salazar, G. (2011). *En el nombre del poder popular constituyente*. Santiago: LOM Ediciones.
- Sapelli, C. (2011). *Chile ¿más equitativo?: Una mirada a la dinámica social del Chile de ayer, hoy y mañana*. Santiago: Ediciones UC.
- Schwember, F. (2017). ¿Igualdad o igualitarismo? Dos perspectivas acerca de la justicia. *Estudios Públicos* 147, 207-239.
- Schwember, F. (2018). ¿Liberalismo libertario y derechos sociales? Las vías libertarias hacia el Estado más que mínimo. *HYBRIS, Revista de Filosofía*. doi:10.5281/zenodo.1320391.

Schwember, F. (2019). La justicia del mercado (y sus límites). Algunas reflexiones a partir de la filosofía de Robert Nozick. En J. A. Valdivia Fuenzalida (Ed.), *Filosofía de la economía. Principios fundamentales* (pp. 15- 46). Gijón: Ediciones Trea.

Verbal, V. (2017). *La derecha perdida. Por qué la derecha en Chile carece de relato y dónde debería encontrarlo*. Santiago: ediciones LYD.